

28/2019

9 de octubre de 2019

*Federico Aznar Fernández-Montesinos**

Bosnia y España al hilo de la lectura del libro 'El canto del gallo' del padre Francisco Gómez García-Fidalgo

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

Bosnia y España al hilo de la lectura del libro 'El canto del gallo' del padre Francisco Gómez García-Fidalgo

Resumen:

El libro *El canto del gallo* del vicario castrense Francisco Gómez García Fidalgo da pie a una amplia reflexión sobre el papel de nuestras Fuerzas Armadas en los Balcanes y las dificultades que debieron de afrontar. Pero también a las causas de este, el papel de la religión en sus orígenes, la necesidad de justicia y reconciliación para su resolución y la necesidad de reconstruir el Estado en tal empeño.

Palabras clave:

Bosnia-Herzegovina, paz, justicia, reconciliación, factores polemológicos, identidad, reconstrucción del Estado, misión de paz.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Análisis* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Bosnia and Spain with regard to the book 'El canto del gallo' from Francisco Gómez García-Fidalgo

Abstract:

The book 'El canto del gallo' by the Military Vicar Francisco Gómez García-Fidalgo provoked a broad reflection on the role of our Armed Forces in Balkan conflict and the difficulties they had to face. But also, to the causes of it, the role of religion in its origins, the need for justice and reconciliation for its resolution and the need to rebuild the State in such an endeavour.

Keywords:

Bosnia-Herzegovina, peace, justice, reconciliation, polemological factors, identity, reconstruction of the State, peace mission.

Cómo citar este documento:

AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico. *Bosnia y España al hilo de la lectura del libro 'El canto del gallo' del padre Francisco Gómez García-Fidalgo*. Documento de Análisis IEEE 28/2019. [enlace web IEEE](#) y/o [enlace bie³](#) (consultado día/mes/año)

«Solamente son justas las guerras que son necesarias;
y son piadosas las armas cuando no hay esperanza fuera de ellas».
MAQUIAVELO, Nicolás.

Historia de Florencia, Libro V capítulo VIII, cita de Tito Livio

A finales de 2017, la guerra de Bosnia —una guerra ya olvidada en nuestro país por más que queden militares españoles todavía sobre lo que había sido antaño el terreno de enfrentamiento— volvía a ser noticia de la mano de Slobodan Praljak, un antiguo dramaturgo croata venido en general en el contexto de aquel conflicto. Este, como tal, fue responsable de crímenes de guerra y delitos de lesa humanidad, así como de la destrucción del emblemático puente de Mostar, a su juicio «solo un puente viejo», por más que fuera un símbolo de unión entre las comunidades que entonces se pretendía disgregar y que era, además, patrimonio de la humanidad.

El ya exgeneral Praljak cometió suicidio ingiriendo cianuro ante las cámaras y delante del tribunal de apelación cuando este ratificaba una condena a 20 años de prisión que le había sido impuesta por el Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia mientras aseveraba no ser un criminal de guerra y rechazaba por ello el fallo de la sala. Su muerte dio pie a manifestaciones que congregaron a algunos miles de personas en Croacia. Este tribunal, en su imprescindible labor, ha emitido 83 sentencias firmes sobre 161 acusados en 154 procesos, cerrándose su sede en La Haya el último día de 2017 para convertirse en centro de investigación.

La guerra en Bosnia ha sido planteada como un conflicto interreligioso. Sin embargo, tal cosa es desacertada. El conflicto es más bien todo un ejemplo de instrumentación y ensanchamiento de las fracturas existentes en la sociedad por parte de unos aprendices de brujo con ambiciones desmedidas e intereses tiranos.

Por más que Milosevic pudiera estar consagrado como sacerdote ortodoxo, la religión fue solo una excusa con la que se intentó patrocinar un demencial e irresoluble enfrentamiento entre comunidades. El hombre asume discursos contradictorios y ama la humanidad con la misma naturalidad con la que odia al vecino de enfrente. Como dice G.K. Chesterton: «El internacionalismo más amplio y más noble, nos amalgama con todas las naciones, excepto con la más próxima. En ciudades y en capillas aprendí con leve esfuerzo a amar a todos los prójimos, y a odiar a mi vecino».

Las cuestiones étnicas son, en sí mismas y entendidas en el sentido más amplio, importantes factores polemológicos en la medida en que permiten la clasificación en grandes grupos de seres humanos y la creación de masas tectónicas en una sociedad. Y es que sin grupos no hay conflicto. No obstante, ello no presupone la fricción, se precisa de una voluntad instrumentadora que genere un dilema de seguridad que dé pie a ella. No es la identidad la que moviliza a los individuos, sino los individuos los que movilizan la identidad para justificarse. De los más de 180 Estados que existen, solo unos 20 son étnicamente homogéneos.

Etnia, lengua, religión y cultura son etiquetas, es decir, elementos de definición identitaria al tiempo que planos habituales para el conflicto. Actúan como mecanismos de polarización promoviendo el alineamiento de la población de modo dicotómico y excluyente, según la lógica de clasificación dentro-fuera. La cuestión es que se encuentran entrelazados de un modo difícilmente dissociable en todos los casos. Por más que teóricamente se definan con nitidez, en términos prácticos tal diferenciación es muy compleja. Y es que raramente los conflictos tribales estallan por sí solos, suelen producirse previa incitación para quedar después atrapados por las respuestas recíprocas. Así, en la antigua Yugoslavia, el 45 % de las familias procedían de varias etnias, pero dichos grupos étnicos parecían la única protección contra la amenaza de otros grupos¹. Del mismo modo, y en otro ámbito geográfico, «resulta más difícil imaginar dos grupos humanos en el continente que tengan más en común en términos de lengua y cultura, historia y organización social que los hutus y tutsis»².

El caso más paradigmático, no obstante, es el de los judíos que, habiendo abandonado el gueto, la judería, e integrado plenamente en la sociedad alemana, vieron cómo el nazismo fue capaz de levantar una barrera biológica entre dos razas y dos culturas, a partir de solo uno de los elementos definidores de su identidad, que además pertenece en Occidente a la intimidad.

Se trata de un sentimiento comúnmente reconocido que cuanto más inseguro se siente el hombre más se afirma en su identidad, siendo en consecuencia las sociedades donde resultan particularmente estrechas las identificaciones entre sus miembros aquellas en

¹ GLOVER, Jonathan. *Humanidad e inhumanidad*. Ediciones Cátedra, Madrid 2001, p. 173.

² ALONSO BERRIO, Miguel. "Los Estados fallidos" en VV.AA. *Cuaderno de Estrategia* núm. 120/2002, p. 212.

las que más enconadas son las disputas. Las grandes disputas se producen, recordando a Freud, no entre las grandes diferencias, sino entre las diferencias menores que posibilitan el reconocimiento, pero no la alteridad. Cuanto menor es la diferencia, mayor será el uso de la violencia, pues esta es utilizada para exhibirla.

Es lo que Ignatieff, retomando una concepción freudiana, llama el narcisismo de la diferencia menor: «la característica más acusada de la mirada narcisista...el narcisista no tiene interés por los demás, salvo en aquellos aspectos que le reflejan», la intolerancia no es más que un sistema de referencia que además obedece a la siguiente lógica:

«Es fácil considerar la guerra étnica como un repunte atávico del tribalismo... cuando los individuos viven en los Estados consolidados —aunque sean pobres— no necesitan la protección del grupo. La desintegración de los Estados y el miedo hobbesiano resultante es lo que produce la fragmentación étnica y la guerra», para afirmar que «primero cae el Estado, que está por encima de las partes; luego aparece el miedo hobbesiano; en seguida la guerra. La desintegración del Estado es lo primero, la paranoia nacionalista viene después»³.

Las características identificadoras son «comparativamente neutrales», pero contienen un elemento mítico. Son «portadoras de una carga emocional» y además se construyen mediante un relato selectivo sobre el pasado con elementos de agravio y de victoria que sirve de trasfondo para juzgar los actos nuevos. Se produce una transferencia de sacralidad, una transferencia de lo sagrado desde la religión a la nación⁴.

Así, y sin entrar en otras consideraciones, los habitantes de Bosnia-Herzegovina, durante ese período, podrían identificarse con la idea de «ciudadanía bosnia» como antes lo habían hecho con la yugoslava, pero que sin embargo eligen mayoritariamente la identificación serbobosnia, bosniocroata o bosniaca; y, entre los dos primeros, muchos se identifican respectivamente con Serbia y Croacia.

Cualquier guerra, y más que ninguna las civiles, se presenta (o es presentada) por las partes como justa. La reconciliación pasa necesariamente por una auténtica justicia; y es que una paz duradera no es posible sin lograr la reconciliación. Para ello debe eliminarse la impunidad en las violaciones graves de los derechos humanos cometidos

³ IGNATIEFF, Michael. *El honor del guerrero*. Editorial Taurus, Madrid 1999., pp. 12 y 13.

⁴ GLOVER, Jonathan. *Humanidad e inhumanidad*. Ediciones Cátedra, Madrid 2001, p. 203.

por miembros de cualquiera de las partes en conflicto mediante procedimientos que, simultáneamente, pongan al descubierto la verdad de lo sucedido. No puede haber impunidad para el genocidio, los crímenes de guerra, los crímenes contra la humanidad y los graves incumplimientos de las Convenciones de Ginebra. De esta manera, se ha confirmado la conexión entre un sistema de responsabilidad penal individual y el mantenimiento de la paz.

En la guerra de Bosnia-Herzegovina entre 1992 y 1996, se produjeron 102 621 víctimas, más de la mitad civiles, así como 30 000 violaciones perpetradas contra mujeres musulmanas y un número indeterminado de mujeres serbias. Alguna justicia era necesaria, en nombre del presente, de la humanidad y, también, del futuro.

¿Cómo tratar tanto crimen? Kant sostenía *Fiat iustitia ruat caelum* («hágase justicia y que se hundan los cielos»). La justicia, así vista, se presenta como un valor por sí misma, un absoluto moral. En esta lógica, Stalin proponía, tras la Segunda Guerra Mundial, fusilar 150 000 oficiales alemanes como medida de reparación. Sus crímenes, no obstante, son como poco comparables a los de Hitler. Otros pretendían hacer de Alemania un inmenso pastizal dedicado a la agricultura. Es por ello que se debe evitar caer en la falacia del justo castigo.

Estamos ante una tarea compleja y transaccional, pues la justicia está en relación con la sociedad a la que sirve, pero también con la sociedad internacional en su conjunto. Además, aúna presente y futuro. La justicia transaccional tiene por objeto evitar que las sociedades que salen de una situación de postconflicto tengan que elegir entre paz y justicia. Cuando «la justicia real no es posible... la verdad, la reconciliación y la justicia deberían considerarse cuestiones que se refuerzan mutuamente... las víctimas deberían estar implicadas como parte del proceso para alcanzar una reconciliación y una paz duradera»⁵.

No juzgaremos los hechos del general Praljak, pues ya lo han sido y, felizmente, no nos cumple tal tarea, sino que le compadeceremos, no más que a aquellos que padecieron sus decisiones. Tal vez con su acto de protesta —cruelmente banalizado y convertido en meme— tratara de reivindicarse como hombre o como personaje. Eso es ya irrelevante, su caso pertenece a la historia. Una historia que, como experiencia y sacando algo bueno

⁵ MARTÍNEZ, Mónica. "Hacer justicia: Rendición de cuentas y la complementariedad entre tribunales." *FRIDE*, Documento de Trabajo núm.60/2008, p.16.

de lo terrible, convendría no olvidar como fórmula para evitar una repetición o reedición de una guerra inútil y carnicera. El problema es, recordando a Mark Twain, que la historia si no se repite, rima.

Ir a la guerra a buscar la justicia es tarea ciertamente difícil por contradictoria con los actos con los que esta se lleva a cabo. A medios impuros corresponden fines impuros. Así, la idea de «guerra justa» plantea un debate irresoluble en la medida en que la guerra pertenece, recordando a Clausewitz, al terreno de la política; y lo que es justo, por su parte, o bien a la ética o al derecho. Es decir, la idea de una guerra justa mezcla planos diferentes generando con ello una suerte de bucle melancólico, imposible de cerrar por su propia naturaleza.

Además, la argumentación moral de la guerra encarna un grave peligro y es que las guerras justas puedan convertirse en una cruzada, en la que se lucha demasiado tiempo y con excesiva brutalidad, persiguiendo un solo fin: la rendición incondicional del otro, cuando no su aniquilación. Se mata más cuando se piensa que se está haciendo el bien o se está apresurando su advenimiento. Las guerras con sentido son así las más sangrientas. Estas guerras siembran justicia y cosechan muerte.

Y es que la finalidad de una guerra, si tiene alguna, es la paz, no la justicia. Ambos términos, guerra y paz, pertenecen a la política. Ciertamente, y como hemos visto, la paz no es posible sin una cierta justicia, pero aquella se asienta más realmente en la injusticia que resulta soportable a las partes que han participado en una contienda que en la propia justicia, entendida a modo de bien supremo. Como decía Dilthey «a la naturaleza se la explica, al hombre se le comprende».

La guerra de Bosnia-Herzegovina fue una guerra en la frontera de la Unión Europea, en sus *limes* y que esta fue incapaz de evitar. España se implicó en este conflicto desde el principio con el envío de una Agrupación Táctica compuesta por 714 militares en el año 1992 —en una primera y brillante experiencia al servicio de Naciones Unidas— y cuando la contienda alcanzaba su momento más álgido hasta los tres presentes a día de hoy. Han pasado más de 46 000 soldados por aquel país en el que perdieron la vida 22 miembros del Ejército de Tierra, uno de la Guardia Civil y un intérprete. El buen hacer de nuestras tropas y su valerosa actuación son bien recordados aún por la población local.

Estas misiones de paz de la ONU pertenecen a lo que se ha venido a llamar la tercera generación de misiones y que, desde 1994, son más complejas y politizadas:

«Los soldados de la paz supervisan elecciones encauzan ayuda, protegen a la población, restablecen el orden público... ciertas misiones resultan arriesgadas, incoherentes, impopulares... por primera vez la opinión pública llega a ser un factor determinante en la formulación y dirección de misiones... esta injerencia hizo deslizar el mantenimiento de la paz hacia la imposición de la paz... la misión y la ambición de consolidar la paz son amplios: restablecer el orden, desarmar y desmovilizar a los combatientes; proceder a la eliminación de las minas; constituir una fuerza policial y formarla, apoyar el proceso político y supervisar las elecciones, administrar e implantar un sistema judicial...»⁶.

Durante un tiempo colaboré con algunos de los antiguos capitanes allí desplegados en los momentos más álgidos. Ellos, entonces, me hicieron partícipe de su entregada labor y su complejidad, una información de extrema utilidad para mi trabajo académico. Su mayor éxito fue que las partes, con todo, aceptasen el carácter objetivo de su proceder convirtiendo su misión (con sus bajas) en un éxito.

Uno de los miembros de este contingente era el *pater* (tal es su trato específico) Francisco Gómez García-Fidalgo, capellán castrense desplegado con la agrupación española Aragón en la zona de operaciones. Tuve la oportunidad de coincidir con él en 2006 en el CESEDEN ya como coronel y vicario del Estado Mayor de la Defensa. De hecho, fue él quien ofició mi boda ese año.

Los capellanes castrenses son figuras muy relevantes de nuestras Fuerzas Armadas. Conviven con el personal militar y comparten buena parte de su labor cotidiana —riesgos, trabajos y dificultades— prestando sus servicios pastorales y reconfortando espiritualmente a los miembros de la fuerza a los que, en no pocas ocasiones, acompañan durante sus labores humanitarias y sociales. Su acción ministerial es de gran transcendencia. Es más, esta repercute en beneficio de la misión al contribuir a mantener y elevar la moral de sus miembros.

Del trato personal con él resalta sobremanera el peso que ha tenido en su trayectoria profesional su paso por unidades de infantería (la cultura corporativa de los ejércitos marca el carácter de sus miembros; en el Ejército de Tierra, el carácter delata la

⁶ DAVID, Charles-Philippe. *La guerra y la paz*. Icaria, Barcelona 2008, p. 370.

pertenencia a sus armas y, significativamente, a quienes pertenecen a la infantería), en lo más granado de ella, desde la Legión hasta la academia de Toledo. Ingresó en las Fuerzas Armadas en 1976 y en ellas se mantuvo hasta su pase a la reserva en 2006. Es, sin duda, un sacerdote de infantería, un militar en la línea San Martín Tours, aquel caballero que partiera la capa con un pobre y fuera declarado santo protector de los soldados.

La obra que nos ocupa lleva por título *El canto del gallo* y ha sido editada en 2019 por la editorial Punto Rojo Libros. El autor la define como una novela histórica queriendo de este modo significar la naturaleza real de los sucesos que sirven como marco, pero también el carácter ficticio con el que se hilvanan; al tiempo que su intención de respetar la intimidad de sus protagonistas señalando cada momento, pero desvinculando a las personas de los sucesos. Estas, en su mayor parte, conservan el anonimato al ser sus protagonistas identificados con su cargo y letras del alfabeto griego.

El título del trabajo alude a lo que el autor identifica como «el gallo de Medugorje» cuyo canto enérgico y piadoso es una constante que acompaña a los protagonistas de la obra en su día a día y que le lleva a personificarse en un amplio elenco de caracteres. Por más que el título se corresponda con un cierto gallo de corral que «hacía de su cante, para algunos, de mosca provocadora». Es, muy probablemente también, una metáfora de la llamada a la oración del almuecín, característica de las ciudades musulmanas y que va marcando el discurrir de sus horas.

De esta manera, el autor recoge la experiencia novelada que durante la preparación para la misión —en Jaca— y los seis meses en que la Agrupación Táctica Aragón —integrada fundamentalmente por tropas de alta montaña— estuvo desplegada en zona de operaciones en Bosnia-Herzegovina implementando los acuerdos de Dayton que, a partir del 21 de diciembre de 1995, trajeron la paz al territorio.

Las tropas allí desplegadas pasaron, tras ser estos suscritos de estar bajo el control operativo de la ONU, a situarse bajo el de la OTAN y de una Agrupación Táctica; a constituirse en brigada con el cambio de rol que tal cosa trajo consigo. Se encontraban ante un escenario evanescente y que podía resultar muy evolutivo.

San Agustín definía la paz como la «tranquilidad en el orden» y entendía el orden como la disposición en su lugar de las cosas semejantes o dispares. Etimológicamente la palabra paz, del latín *pax*, es un derivado de *pacari*, apaciguar; y este a su vez de la raíz *pac-*, de la que procede la palabra pacto. Al ser la paz un pacto entre partes, expresa el acatamiento a la convivencia, sea esta aceptada de buen grado o impuesta⁷. La paz es así una solución de compromiso y se encuentra permanentemente y por definición en un estado precario que solo el tiempo permite consolidar. El papel de las Fuerzas Armadas españolas fue criticado en tal empresa.

Fue un tiempo crucial para el país por más que excepcionalmente difícil. Con esta obra, vivida en primera persona, el autor pretende dar voz al dolor y al recuerdo, pero también poner en valor el coraje y la humanidad de muchos de los desplazados a esos territorios para conseguir la paz y asistir a las víctimas de tan absurda violencia. Como dijera Shakespeare: «Dad palabras al dolor porque el dolor que no habla, gime en el corazón hasta que lo rompe».

Y es que una cosa es ver la guerra desde una perspectiva estratégica, racionalmente y como un todo, sobrevolando los acontecimientos y evitando el contacto o, mejor aún, el contagio emocional con ellos. Esto, que es lo que en no pocas ocasiones me ocupa, permite si no entenderla, sí captar las referencias precisas para su correcto análisis. La guerra es así vista, desapasionadamente, solo mapas, decisiones y estadísticas, cuando realmente es algo intensamente humano y dionisiaco.

Pero el autor toca la realidad, baja al terreno táctico, al de los hechos concretos y la realidad tangible mientras se sitúa «en estado de vigilia permanente» que diría el capitán Íñigo de Loyola.

Entra en contacto con víctimas con cuya sangre y tragedia se mancha y, a veces también, con verdugos a los que pone frente a sus propias contradicciones intelectuales y religiosas. Lo hace a través de diálogos de los que se sirve para apuntalar el mensaje que pretende enviar.

Y es que la vida, lejos de estar hecha de grandes actos —en ese tiempo de la guerra tampoco hubo grandes batallas— se compone de lo que comparativamente puede

⁷ DE SALAS LÓPEZ, Fernando. *La Utopía de la paz y el Terror de la Guerra*. Servicio de Publicaciones de EME. Editorial Adalid, p. 23.

presentarse como pequeñas cosas, pero que en realidad son un universo para el microcosmos en el que los hechos tienen lugar: la construcción y dotación de una residencia de ancianos, gentes violadas, iglesias católicas destruidas hasta sus cimientos, la prestigiosa biblioteca de Sarajevo arrasada, etc.

La vida interior de la unidad encuentra reflejo en la obra adquiriendo con ello el trabajo con tintes costumbristas: problemas de disciplina, disensos y pequeñas disputas anodinas que implican al propio autor, vacaciones navideñas fuera del propio país, la semana de descanso en la rotación de la misión, la convivencia con la población local, visitas turísticas controladas a zonas estabilizadas aprovechando momentos de asueto en áreas con restos aún visibles de la guerra, el contacto con militares de otros países, la transformación de la agrupación en brigada, con la ampliación de sus misiones... En resumidas cuentas, las dificultades de la tropa en su día a día —lo que Clausewitz llamaba la fricción— y que tan difíciles resultan de entender desde la distancia geográfica y psicológica. Son hombres, grandes profesionales superando un duro día a día.

El realismo incorpora esas servidumbres. El éxito está en superarlas e impedir que afecten a los cometidos asignados; la visita a pueblos asolados y el recuerdo de la guerra ayuda sin duda a ello. Lo heroico no se encuentra en afrontar lo excepcional, sino en sobrellevar con normalidad la dureza de lo cotidiano. Como decía Aristóteles: «Somos lo que hacemos día a día. De modo que la excelencia no es un acto, sino un hábito». Y, de este modo, la obra da cuenta de la excelencia en el proceder de las tropas españolas, felizmente reconocido por la dedicación a nuestro país de un lugar emblemático, de una plaza en Mostar: la Plaza España. En las palabras con reminiscencias evangélicas que el obispo de Mostar dirige a las fuerzas españolas durante la administración del sacramento de la confirmación de algunos de sus miembros y que recoge el autor «por eso, como artesanos de la justicia y de la paz, el Señor, les llama Bienaventurados a todos Vds.».

También refleja en la obra la labor religiosa y pastoral que realiza, las confirmaciones y todos sus preparativos, las misas, los contactos con otros clérigos o con el propio obispo de Mostar, la colocación de cruces en los emplazamientos en que fallecieron cuatro españoles, la labor de reparto de ayuda de Cáritas y hasta de regalos.

Al mismo tiempo, el padre Francisco da voz a las víctimas. Su drama, recordando a Camus, es que aburren. Su realidad es intemporal, ajena a nuestras propias emociones y sentimientos e inmodificable; el tiempo pasará y ello quedará allí. El uso de la violación como arma de guerra no es solo una retórica, cuenta a la postre con nombres y apellidos.

Se busca la humillación permanente de la víctima. De esta manera también, se pone en valor la labor anónima, constante y callada de quienes las asisten y son copartícipes de tan cruda realidad. Estos, por el contrario, pocas veces pueden contar con publicidad y menos aún con reconocimiento alguno para una labor tan importante, ingrata y abnegada. Y es que la relevancia de víctimas y victimarios ahoga su voz con lo que, pocas veces, su trabajo es puesto en valor; cosa que, por otra parte, tampoco pretenden por más que sea merecido. Su premio es así bíblico. El único bien real del ser humano es su tiempo. Recordando el Talmud, «salvar a un solo hombre es ya salvar a toda la humanidad».

Y es que la experiencia de colaboración entre Fuerzas Armadas y organizaciones humanitarias ha evolucionado favorablemente hasta convertirse en un elemento clave en cualquier respuesta de crisis.

En Bosnia-Herzegovina la experiencia fue positiva porque ambas fueron percibidas como partes no integrantes en el conflicto y su presencia conjunta no ponía en peligro ni el trabajo ni la asistencia a las víctimas. En Kosovo pudo hacerse porque las Fuerzas Armadas actuaron como fuerzas de interposición aceptadas por los dos bandos a las que daba seguridad. Sin embargo, en Irak, esto no fue así por las circunstancias y falta de consenso con que se produjo el conflicto⁸. Para la actuación coordinada entre Fuerzas Armadas y ONG debe de existir, en primer término, acuerdo en los fines y, después, en los medios. En consecuencia, la relación entre las organizaciones de ayuda humanitaria y las Fuerzas Armadas depende, en parte, de la naturaleza de las actuaciones en que se encuentren implicadas. Mucho se ha avanzado desde entonces.

Las misiones de aquel tiempo también fueron pioneras en lo que respecta a la cooperación entre las tropas y los distintos servicios (sanitarios, religiosos, etc.). La

⁸ DE DOMINGO ANGULO, José Jaime. "La labor de las ONG y la dificultad de coordinar la acción humanitaria" en SANTAMARTA DEL POZO, Javier (dir.). *La cooperación entre lo civil y lo militar*. IUGM, Madrid 2007, pp. 205 y ss.

acción sinérgica en todos ellos es un valor añadido y un factor de multiplicación de la misión.

La misión emprendida por la Agrupación Aragón ya de vuelta en territorio nacional, tiene un *post scriptum* de la mano de las Hermanas Hospitalarias españolas que, a requerimiento de Cáritas de Zénica (Sarajevo), se desplazan a zona de operaciones y deciden levantar una casa-hogar para ancianos de 90 plazas. El autor gestiona la solicitud con la junta de Castilla-La Mancha y luego otras para conseguir equipamiento adicional para la misma. En ella se implicaron entidades como la Asociación de Damas de la Inmaculada, todo lo cual posibilitó que en el año 2000 fuese inaugurada la residencia Padre Cristóbal. Su funcionamiento posterior ha sido apoyado desde España con suministros y fondos. La paz es algo concreto. Recordando la frase Itzhak Stern en *La Lista de Schindler*, «Mire, esta lista es el bien absoluto. Esta lista es la vida. Más allá de sus márgenes se halla el abismo».

La guerra es, recordando a Clausewitz, un choque de voluntades que se resuelve en el campo de batalla, y no un choque de identidades para el que este no ofrece solución alguna salvo la aniquilación. No puede tratarse tampoco de ganar una guerra, sino de algo mucho más complejo y costoso por prolongado, como es ganar la paz. Y eso pasa por arreglar lo que está roto que es la sociedad. Tal labor debe hacerse reforzando el Estado y encarna una acción pedagógica de gran calado en la que se aúna justicia, reconciliación y que principia con acabar con la cultura de violencia. Tal labor es complejísima, como prueba que 27 años después, y por pocas que sean, aún quedan fuerzas en Bosnia.

España realizó, a través de sus Fuerzas Armadas, un magnífico trabajo en unos momentos particularmente complejos, pero el éxito de tal hazaña ha sido silenciado al normalizarse. Estamos ante la delicada implementación de uno de los pocos acuerdos de paz habidos en los últimos años. No podemos permitir que su saber hacer caiga en el olvido. Debemos sentirnos orgullosos de su éxito y recordarlo. Quienes se dejaron la vida en ello lo merecen, «una vela no pierde su luz por compartirla con otra».

Bienaventurados los que tuvieron la oportunidad de estar allí. Su vida ya ha tenido sentido.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos***
Analista del IEEE